

---

LADARIA, L. F., *Jesús y el Espíritu: la unción* (Montecarmelo, Burgos 2013). 211 pp. ISBN: 978-84-8353-550-9

L. F. Ladaria (Manacor, 1944) no necesita presentación dentro del ámbito teológico. Profesor emérito de Teología dogmática de la Pontificia Universidad Gregoriana, es actualmente Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Su repertorio bibliográfico supera, entre libros, artículos y colaboraciones, el centenar de títulos.

El volumen que aquí presentamos es una recopilación de algunos artículos publicados por el autor en diferentes revistas y obras de colaboración a lo largo de treinta años (desde 1976 hasta 2006), que comparten como tema central, de modo amplio, una cuestión teológica delicada a la vez que crucial: la relación entre Cristo y el Espíritu. ‘Delicada’ porque, al menos si atendemos a la historia de la teología, observamos que no siempre ha existido unanimidad a la hora de comprender y de explicar de modo preciso esa relación real de la que da firme testimonio el *depositum fidei*; ‘crucial’ porque la comprensión que se tenga de la efectiva relación entre Cristo y el Espíritu tiene consecuencias inmediatas en la que se tenga de la economía de la salvación en general, y de modo concreto, en su aplicación a determinadas disciplinas teológicas como Cristología, Pneumatología, Trinidad, Eclesiología o Sacramentología, por citar sólo algunas.

Dentro de este amplio campo cristológico-pneumatológico, el libro de Ladaria está enfocado de modo especial a una precisa cuestión: el lugar y función del Espíritu en la unción de Jesús en el Jordán, así como el significado y valor real de dicha unción en él. Éste es, ciertamente, el tema dominante, como da cuenta el título del volumen. Pero coexiste con otros que, aunque en menor medida, también están presentes, de modo destacado el principio y la razón de ser de la efusión del Espíritu tras la glorificación de Cristo.

Lo primero que sorprende al lector es el orden en el que han sido colocados los artículos (cf. p. 7-8). *A priori*, se podría pensar que, puesto que se trata de una recopilación, aquél debería ser en primer lugar cronológico. Sin embargo no es así (cf. p. 211). Y Ladaria, en la presentación del volumen, tampoco da cuenta de ello (cf. p. 11). De modo que el lector —si tiene una sana curiosidad— se ve obligado a tener que lanzar una mirada atenta al título de los artículos para intentar descubrir la razón última del criterio seguido en la estructuración del libro. A mi juicio, tal razón está en la mayor o menor “creatividad” (si se me permite el término) que, respecto del tema en cuestión, emerge propiamente de Ladaria en cada uno de los artículos.

Tendríamos, por un lado, algunos artículos (cinco en concreto) en los que el autor analiza críticamente la exposición que, sobre este tema, han elaborado algunos padres o doctores de la antigua Tradición cristiana. Se trata de “El bautismo y la unción de Jesús en Hilario de Poitiers” (1989; pp. 101-119), “La ‘unción de la gloria celeste’. Gloria y Espíritu Santo en Hilario de Poitiers” (2000; pp. 121-135), “Jesús y el

Espíritu Santo según Gregorio de Elvira” (2000; pp. 137-166), “Atanasio de Alejandría y la unción de Cristo” (2002; pp. 167-183) y “*Spiritus Dei et Christi*. Hilario de Poitiers y Atanasio de Alejandría” (2006; pp. 185-210). No estamos sólo ante simples resúmenes de sus enseñanzas al respecto —labor ya de por sí paciente y loable, pues no pocas veces aquéllas se encuentran esparcidas en múltiples obras—, sino también ante una exposición y análisis *crítico* de las mismas. La contribución de Ladaria en este preciso campo es, a mi juicio, indiscutible. Tendríamos aquí un (hipotético) bloque del libro, eso sí, el segundo.

Y es que el primero estaría reservado para aquellos artículos (en este caso, cuatro) en los que la reflexión es propiamente de nuestro autor. No aborda ya la cuestión, digamos, mediatamente, por medio de otro autor —como sucedía en el bloque anterior—, sino que es ya Ladaria quien la afronta inmediatamente. Tendríamos así el primer bloque del libro, compuesto ahora de “Humanidad de Cristo y don del Espíritu” (1976; pp. 13-44), “Cristología del Logos y cristología del Espíritu” (1980; pp. 45-54), “La unción de Jesús y el don del Espíritu” (1990; pp. 55-86) y “Jesús y el Espíritu Santo en la obra de la salvación. A propósito de la declaración ‘Dominus Iesus’” (2001; pp. 87-99).

El volumen también incluye una breve Presentación (p. 11) del propio autor, en la cual agradece la labor de aquéllos que, de un modo u otro, han promovido esta recopilación. Dedicar una atención especial a A. Orbe, a quien le reconoce su “inspiración” y su “magisterio” en todos estos escritos. Destaquemos, finalmente, la riqueza del aparato crítico, en donde se recurre a teólogos tanto de la primera tradición cristiana como contemporáneos (de estos últimos, por ejemplo, Mühlen, von Balthasar, Schoonenberg o Kasper, con los que discute Ladaria).

Dejando ya la cuestión formal atendemos al contenido, que optamos por analizar sistemática o globalmente, dado que algunas tesis se repiten en los diferentes artículos. Ya quedó dicho que el tema central es la relación entre Cristo y el Espíritu, con una atención especial al acontecimiento del bautismo de Jesús en el Jordán. Se trata, según Ladaria, de una cuestión que desde el siglo V, y en gran medida “como consecuencia de la controversia arriana” (p. 167), ha permanecido con frecuencia “simplemente olvidada” (p. 58) en teología, pues se consideraba que la unción real de Cristo se concentraba y reducía al momento de la encarnación. En ésta —se decía—, es el Hijo quien “ungió con su divinidad la humanidad asumida” (p. 56) por él, una humanidad que también habría recibido ya la plenitud del Espíritu. De este modo, la función del Espíritu a lo largo de la vida de Jesús quedaba en “la práctica desprovista de todo significado” (p. 57), de modo singular su bautismo, reducido a mero momento de declaración o promulgación pública de su condición mesiánica (Ladaria recurre aquí a algunas citas de Gregorio Nacianceno, Agustín y Tomás; cf. p. 56-57).

Frente a esta suerte de “cristología descendente” (p. 13), nuestro autor, siguiendo el testimonio del NT y de la primera tradición cristiana, a la vez que reconoce que “en los estudios cristológicos de los últimos años se ha abierto con claridad la tendencia a una mayor valoración de la humanidad de Cristo y de la historia del Jesús terreno” (p. 13; bien que no siempre sin deficiencias [cf. 45]), aboga —y esta es

la tesis principal que subyace en gran parte del volumen— por una “distinción” (p. 39; sin “separación” [p. 39, 53] ni mera “yuxtaposición” [p. 57]) e “integración” [p. 46, 52], “articulación” (p. 57, 58) o “complementación” (p. 49, 52; sin confusión [cf. p. 48]) entre cristología y pneumatología, y más concretamente entre la vida de Cristo y la función del Espíritu en él, especialmente en la encarnación, la unción en el Jordán y la resurrección (cf. p. 39, 47). Ciertamente, en la encarnación se da una “‘anticipación’ o precedencia” (p. 64) del Espíritu sobre el Hijo (es concebido por obra del Espíritu), pero a partir de entonces no se puede hablar de “‘anticipación’ o de simultaneidad” (p. 64) de la misión del Espíritu respecto de la del Hijo al modo como se dio en aquella, pues cualquier acción ulterior del Espíritu “presupone” (p. 65) la existencia de la humanidad ya asumida hipostáticamente por el Hijo. Es el Espíritu Santo quien “actúa en Jesús durante todas las etapas de su vida, y no precisamente el Logos o el Hijo” (p. 49), para el perfeccionamiento de su filiación, que culmina en su resurrección y que implica para Cristo la plenitud de la posesión del Espíritu, y precisamente por ello “la plenitud de la encarnación misma” (p. 32; cf. p. 52). Por tanto, la santificación de la humanidad de Jesús exige la encarnación, pero no se identifica con ella: “la ‘historia’ de la presencia del Espíritu Santo en Jesús está íntimamente ligada a la de su filiación divina (cf. Rom 1,3s)” (p. 22). Este Espíritu no es para Jesús un simple principio externo, sino que habita en él y en él permanece como su “lugar” (p. 96) natural. Cristología del Logos (cristología descendente) y cristología del Espíritu (cristología ascendente) se integran y complementan (cf. p. 39, 49).

Apuntando ya al bautismo en el Jordán, para Ladaria es claro que el NT sitúa en ese momento el descenso del Espíritu sobre Jesús y su unción, y no en otros momentos —y “no ciertamente en la concepción” (cf. p. 67)—: que “Jesús ha sido ungido con el Espíritu Santo es un indiscutible dato neotestamentario (cf. Lc 4,18; Hch 10,38)” (p. 11). Se trata de una acción real (no meramente simbólica) e histórica (no lógica) del Espíritu, “especialmente cualificada” (p. 80; en absoluto “accidental o secundaria” [p. 47]) *en y para* el Hijo encarnado en su camino histórico para la salvación de todos los hombres. Ahí es ungido por medio del Espíritu para la santificación de la humanidad asumida —no es el Hijo quien en el Jordán unge su propia humanidad— y dado a conocer al mundo como Hijo; ahí es formalmente “habilitado para su misión mesiánica” (p. 49), adquiriendo pleno conocimiento de tal misión y de su condición de Siervo de Dios (cf. p. 69). Jesús no es sólo el Hijo de Dios encarnado, sino también el Ungido por el Espíritu en el Jordán.

Es precisamente este momento histórico de la vida de Jesús el estudiado en este volumen por Ladaria a través principalmente de Hilario de Poitiers (cf. 101-119, 186-197) y de Atanasio (cf. 167-183, 197-208), y en menor medida de Gregorio de Elvira (cf. 137-166). Conviene recordar, y así lo hace con insistencia nuestro autor, que el contexto general en el que estos Padres escriben está condicionado por la crisis arriana. Para ellos, lo que está en juego por la amenaza de ésta es en último término la cuestión soteriológica. De ahí que, frente a las tesis arrianas, el punto de partida de sus respectivas teologías del bautismo es “la asunción de la humanidad por parte del Hijo de Dios y la salvación para todos que en esta humanidad se realiza” (p. 101). En

general, y salvando la sensibilidad de cada autor —e incluso dentro de cada uno de ellos, los límites que presentan y las diferencias de perspectiva que en ocasiones se encuentran en sus diferentes escritos— mostrará Ladaria cómo en ellos encarnación y unción (como también pascua y pentecostés) están claramente “relacionadas a la vez que distinguidas en el tiempo y en los efectos: la segunda es consecuencia de la primera” (p. 118). O si queremos, la respuesta de la antigua tradición cristiana a esta cuestión concreta es que en el Jordán “Jesús no recibe el Espíritu como Hijo de Dios, ni es perfeccionado en su divinidad, sino que lo recibe como hombre, para poder llevar a cabo la misión que el Padre le ha encomendado y para que, a partir de su humanidad glorificada, el Espíritu pueda ser derramado sobre los hombres” (p. 168). La cuestión de cómo articular de modo preciso esta presencia del Espíritu en Jesús desde la encarnación con la nueva efusión que acontece en el Bautismo no es, sin embargo, abordado con detalle por estos autores. Será la teología posterior la que tendrá que dar cuenta de ello (cf. pp. 172).

En definitiva, ontología (de Cristo) e historia (de Cristo) no se oponen o contradicen, sino que se integran y complementan. Ambas dimensiones son necesarias para que Jesús pueda llevar a cabo su misión (soteriología): el que *es* desde siempre el Hijo de Dios y el Mesías realiza históricamente, en tanto que hombre verdadero, la vida filial en la fuerza del Espíritu. Esta es la tesis central de Ladaria.

Insiste también nuestro autor —acudiendo a múltiples citas del NT— en que el mismo y único Espíritu que, enviado por Dios Padre, desciende sobre Jesús en el Jordán —y que actúa sobre Jesús— es el mismo y único Espíritu que el Padre y el Hijo glorificado donan después de la resurrección y glorificación. El Espíritu del Jordán es el Espíritu de Pentecostés. La diferencia está en que en el Jordán es enviado por Dios Padre (no por el Hijo, esto es, no es todavía, al menos durante la vida de Jesús, enviado como “el Espíritu del Hijo” en cuanto tal [cf. p. 81]), quien lo unge por el Espíritu; tras la glorificación de Cristo, sí es el Espíritu enviado por el Padre y (o por medio de) el Hijo. Es, pues, el Espíritu del Padre el que guía al Hijo encarnado hacia la resurrección, configurando su humanidad para que, en el momento de su resurrección, sea plenamente la humanidad del Hijo. Sólo a partir de este momento aparece consumada la revelación de Dios Padre, pues, por lo que se refiere a Jesús —que desde siempre es el Hijo—, con su resurrección y glorificación “es constituido y no sólo declarado por Dios, Mesías-Salvador y Señor” (p. 68), manifestándose ya plenamente como “Hijo de Dios en poder” (p. 49; hasta entonces, su humanidad no había sido glorificada, y en este sentido ocultaba parcialmente su verdadera divinidad [cf. p. 83]). Y por lo que se refiere al Espíritu, sólo con la plena revelación del Hijo en su unidad con el Padre puede “manifestarse a su vez plenamente el Espíritu Santo, que es del Padre y también del Hijo” (p. 83); ahora, la humanidad glorificada (divinizada) del Hijo es vehículo para la comunicación del Espíritu al mundo: “el Espíritu estaba ya presente en Jesús durante su vida mortal, pero hasta su glorificación no está para ‘ser dado’” (p. 23).

Acontece así un “proceso en la donación” (p. 84) del mismo y único Espíritu: “el Espíritu [que] en el Antiguo Testamento es un don escatológico” (p. 25) y que

“habló ya en los profetas” (p. 96), es ahora, en la plenitud de los tiempos, el mismo y único Espíritu paterno comunicado al Hijo venido en la carne para que cumpla en cuanto hombre su misión de Hijo de Dios; y es, finalmente, el mismo y único Espíritu postpascual enviado por el Padre y el Hijo resucitado que ya nos puede configurar *efectivamente* según el paradigma que es Cristo, esto es, filialmente, participando de la “condición filial exclusiva de Jesús” (p. 86). Sólo así se consume el don del Espíritu: “lo que antes se daba era sólo un anticipo de lo que ahora tenemos [...]; la donación del Espíritu en su sentido más estricto y propio se realiza después de la resurrección” (p. 26). Jesucristo glorificado, que lo llena todo, es, además del ‘lugar’ del Espíritu, también la “razón de su efusión” (p. 96).

En gran medida, es lo que muestra con eficacia Ladaria en los estudios que, sobre esta cuestión, dirige al NT y a las figuras de Hilario de Poitiers, Atanasio y Gregorio de Elvira, y que sintetiza con firmeza del modo siguiente: “el Nuevo Testamento y la teología de los primeros siglos de la Iglesia no han pensado en una efusión del Espíritu que no sea consecuencia de la resurrección y de la glorificación de la humanidad de Cristo” (p. 97).

En definitiva, nos encontramos aquí ante una teología, la de Ladaria, que partiendo del dato neotestamentario y de la tradición cristiana de los primeros siglos, y moviéndose principalmente dentro de ellas —aunque sin renunciar al diálogo con la teología contemporánea—, busca y encuentra, a mi juicio, una correcta y equilibrada respectividad entre cristología y pneumatología, una teología que, a fin de cuentas, se esfuerza por pensar con seriedad y rigor todo el *realismo de la encarnación, muerte y resurrección* del Verbo encarnado, pues “ahí está la gran paradoja, el escándalo de lo increíble, que no obstante es la única esperanza de salvación para el género humano” (p. 93).

Marcos Cantos Aparicio

---

MANGANO RAGAZZI, G., *In obbedienza alla verità. La discrezione/prudenza come perno della spiritualità di Santa Caterina da Siena* (Edizioni Cantagalli, Siena 2010). 315 pp. ISBN 978-88-8272-556-3.

La autora nos ofrece aquí, con algunas modificaciones, el texto de su trabajo de tesis doctoral, presentando en 2009 en el Instituto Católico de París. Por lo mismo no estamos ante un libro de lectura fácil, sino más bien ante un estudio rico en análisis de textos y fuentes, con una abundante bibliografía en notas, cuyos títulos se recogen después de forma ordenada al final del presente volumen (269-309).